

LUIS SANTAMARÍA DEL RÍO

# Nostalgia de algo más

## Lo religioso en el cine no religioso

*Dedicado a Laura Crespo (Zamora, 1980-2007).  
Ya sin nostalgia, ya con Dios.*

### 0. ¿Lo religioso en el cine no religioso?

Puede parecer extraño hablar de esto. Da la impresión de que le quiero buscar tres pies al gato. Pero no es así. Desde la sensibilidad de un espectador creyente, y sin conocimiento alguno de cine, pretendo mostrar, acercándome a tres películas de estos últimos años, cómo puede verse en ellas la nostalgia que el hombre tiene del sentido de la vida, de un horizonte que explique todo, de un Dios que acompañe, sane y salve. Por eso puedo salir de ver estas películas con el corazón algo encogido por el panorama humano que presentan, pero ensanchado por la apertura a la trascendencia a la que dan pie.

Quiero citar al filósofo Miguel García-Baró, que dice lo siguiente: “El gran fenómeno masivo de nuestro tiempo es, seguramente, la ocultación cultural, cada vez más grosera y tozuda, del vacío de sentido, del dolor extraordinario que inunda la existencia”. Y es verdad. A esto se nos llama. Pero el cine de algunos autores puede hacernos caer en la cuenta de las cosas verdaderamente importantes de la vida. Tras un comentario más externo sobre la última película de Superman, hablaré de dos filmes españoles que valen la pena: *Mi vida sin mí* y *Princesas*.

### 1. Superman, ¿el nuevo mesías?

Realmente me asombré el verano pasado al ver uno de los primeros *trailer* para la película tan esperada de *Superman returns*. Y no era para menos, pues podían verse escenas diversas del cielo y de la tierra, mientras de fondo sonaba una melodía épica, típica de las películas basadas en este superhéroe de cómic, y una voz en *off* iba desgranando palabras con un ambiguo (¿o quizás demasiado claro?) mensaje mesiánico. La voz decía lo siguiente:

“Aunque te has criado como un ser humano, no eres uno de ellos... Podrían ser seres excepcionales, Kal-El; es lo que anhelan. Pero les falta una luz que les ilumine el camino. Por esta razón, a pesar de su capacidad para hacer el bien, les he enviado a mi único hijo”.

Es verdad que no se trata de ninguna novedad en torno a Superman, ya que siempre se han señalado los datos paralelos, o por lo menos inspirados, con la figura de Jesús de Nazaret. No hay que olvidar el contexto en el que nace: a finales de los años 30 en los Estados Unidos, y de mano de dos jóvenes judíos. Superman es enviado a la tierra por su padre Jor-El para iluminar a los hombres (¿o para salvarlos directamente?). Su padre terrestre muere antes de su vida pública, e inicia y vive ésta con la presencia discreta y distante de su madre. En la última película, de 2006, la cosa va más allá, y algunos han descubierto algunas curiosidades más: el hombre de acero es cruelmente golpeado por los malos de la película, que lo dejan al borde de la muerte con una profunda herida en el costado. Sin embargo, desde el mar es elevado al cielo, donde revive junto al sol. Datos que no son interpretaciones retorcidas e interesadas más, sino que cuentan con el apoyo de las declaraciones del director del filme, Bryan Singer –judío, curiosamente–: “Sería estúpido no admitir la clara alegoría judeo-cristiana de los orígenes de Superman”. Así es. Un crítico de cine español ha llegado a hablar de “una inconfundible iconografía religiosa”.

Si la película era en principio uno de los estrenos más esperados del año, por significar la vuelta a la gran pantalla del héroe norteamericano por excelencia, la publicidad supo añadirle el ingrediente de una espera cuasi-religiosa. Y es que, al cumplirse entonces cinco años de los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001, todos sabemos cuál es el clima de inseguridad que se vive en algunos puntos de nuestro mundo. La película muestra en su argumento el regreso de Superman después de cinco años ausente de la Tierra, tiempo en el que ha crecido la delincuencia y el mal en el mundo. Como escribía un crítico, “las crisis mundiales llevan desatendidas cinco largos años, desde la misteriosa desaparición de Superman”. Aunque también aparecen en el filme algunas actitudes que quieren mirar para otro lado y defienden que este personaje no es imprescindible: la misma Lois, eterna amada del superhéroe, había ganado durante esta ausencia el premio Pulitzer por su artículo periodístico “Por qué el mundo ya no necesita a Superman”.

La película, obviamente, le quita la razón: Superman es necesario, y siempre estará cerca de los hombres. Frente a la falsa seguridad de la protagonista femenina, que puede representar una gran masa de personas aparentemente cerradas a lo trascendente, a la necesidad de la salvación propia y de toda la realidad, se descubre una hondísima limitación del hombre, que levanta sus ojos al cielo rogando por lo que aquí no se puede dar. Nuestro mundo secularizado se resiente cada vez más de la sequedad espiritual, y busca por todas partes un lugar donde poder volver a beber el agua de lo religioso. Pero con el riesgo de encontrar abrevaderos engañosos o equivocados.

El presidente George W. Bush comentó con ocasión del quinto aniversario de los atentados terroristas en Nueva York y Washington que la sociedad estadounidense está viviendo una época de despertar espiritual, una especie de tercer avivamiento religioso de ese país. Si bien es cierto que esta gran crisis ha despertado muchas conciencias adormecidas que se han acercado a Dios, hay que estar alerta para no caer en una fácil postura fundamentalista que encuentre en la propia tradición religiosa las razones para atacar al enemigo, o en el radical maniqueísmo que divida al mundo en buenos y malos, en ejes del bien y ejes del mal. Porque los que podríamos llamar “efectos religiosos secundarios” del 11-S han sido de lo más variopinto. Sin ir más lejos, en nuestras tierras españolas hubo personas que, tras mucho esfuerzo y asesoramiento externo y profesional, habían logrado salir de sectas de carácter esotérico, y que después de la fatídica fecha volvieron al grupo, donde ya se habían predicho estas catástrofes. Un grupo que, si miramos con más profundidad, les suministraba un sentido para la vida y un calor humano especial.

Superman también nos sirve, por lo tanto, para redescubrir la necesidad de salvación que tiene el hombre. En el cine, como en la literatura, está latente lo que bulle dentro del hombre, lo que necesita, teme, espera y desea, lo que le falta y cuyo vacío no sabe con qué llenar. Superman es un mito contemporáneo, o quizás la recuperación de los viejos mitos. Porque la salvación es importante, porque es lo más importante para el hombre, al fin y al cabo. Los cristianos, que nos hemos encontrado con Alguien muy especial, sabemos que la salvación existe y que está encarnada en una persona: Jesucristo.

## **2. Mi vida sin mí: Dios, muerte y sufrimiento**

Ahora quiero acercarme a las cuestiones del sentido de la vida y a la trascendencia en la película *Mi vida sin mí* (2004), dirigida por la española Isabel Coixet, que tanto nos sorprende cada vez que plasma en el celuloide historias entrañablemente humanas.

Comienza con una escena de contemplación, donde Ann, la protagonista, habla de sentir la lluvia o admirar una puesta de sol, y se oye su voz en *off*: “ésta eres tú... quién lo iba a decir”. La actriz Sarah Polley da vida a esta joven de 23 años, casada y con dos niñas. Tras un mareo, y mientras la revisan en el hospital, no hace más que pensar en sus hijas. Le detectarán un tumor muy extendido: “¿cuánto? Dos meses, tal vez tres”. Miente a la familia, no quiere que sufran, y les dice que tiene anemia. El encuentro con la muerte la sobrecoge, y percibe cuán honda es esta experiencia humana: “Sola. Estás sola. Nunca has estado tan sola en tu vida. Las mentiras son tu única compañía”. Aparecen escenas de juego con las niñas, con un inmenso cariño. Escribe una lista de “cosas que hacer antes de morir”, entre las que

destaca, por lo que supone de incoherencia con lo demás, el tener relaciones con otro hombre, cuando está enamorada de su marido.

Ann piensa. Piensa mucho. En distintos momentos de la película nos abre su alma en forma de voz en *off*. Un pensamiento de gran profundidad, que se sumerge en cuestiones del sentido de la vida. Así, nos muestra la situación de sufrimiento que ha sobrellevado: “Pensar. No estás acostumbrada a pensar. Cuanto tienes un hijo a los 17 años con el único hombre que has besado en tu vida y luego otro a los 19 con el mismo hombre, y además vives en un remolque en el jardín de tu madre, y tu padre lleva 10 años en la cárcel, no tienes tiempo de pensar. Quizás se te ha olvidado por falta de práctica”.

El tema de la vida y la muerte es recurrente, como es normal, y la contingencia de las cosas, lo caduco del mundo: “Ahora ves las cosas claras... Miras todas las cosas que no puedes comprar, y que ahora ni quieres comprar, todas esas cosas que permanecerán cuando tú te vayas, cuando estés muerta. Y caes en la cuenta de que todo lo que hay en los escaparates, todas las modelos de los catálogos, todos los colores, todas las ofertas... están ahí para mantenernos alejados de la muerte. Y no lo consiguen”.

Llega a afirmar lo siguiente: “Ya no me quedan sueños y, ¡joder, sin sueños no se puede vivir!”. Se escapa del trabajo para grabar mensajes de cumpleaños a sus hijas, llenos de amor de madre. Graba otro mensaje para Don, su marido, donde le explica por qué no les ha dicho nada, para ahorrarles los problemas. Quiere que él y las niñas sean felices, ésa es su propia felicidad, porque no ve otra posibilidad de vida ultraterrena, pero hay un claro anhelo de algo más: “Inventa un cielo para mí. Que no se pongan tristes al recordarme. Háblales de las grandes cosas que hicimos juntos”.

La protagonista ve a una vecina (interpretada por Leonor Watling) que se llama igual que ella, y la escoge como futura sustituta suya, cuando está en su casa con su marido e hijos. La ve con ellos, en los últimos minutos de la película, a través de una cortina, como si estuviera ya fuera de la escena, fuera de su vida. Y se oye su voz, otra vez en *off*: “Rezas para que ésta sea tu vida sin ti. Rezas para que las niñas quieran a esta mujer que se llama como tú y para que tu marido acabe por quererla. Para que vivan en la casa de al lado y las niñas usen el remolque para jugar a las muñecas y apenas recuerden a su madre que dormía de día y las llevaba de viaje en canoa. Rezas para que tengan momentos de felicidad tan intensos que cualquier pena parezca pequeña a su lado. Rezas a no sabes qué ni a quién, pero rezas. Y no sientes nostalgia por la vida que no tendrás, porque para entonces habrás muerto. Y los muertos no sienten nada. Ni siquiera nostalgia”. Se funde en luz blanca, y al final se ven escenas de lo que pasa tras su muerte, mientras se oye el mensaje que dejó grabado a su amante. Se ve la nueva vida de su familia feliz con la nueva Ann, y otras escenas de vida nueva en las personas que le eran cercanas.

Las películas de Coixet son tristes. Y ésta lo es. Porque hay posibilidad de salvación y de felicidad, para la gente que queda en vida, pero no para Ann. Pero con una mirada más profunda y creyente podemos percibir una nostalgia de algo más, o de Alguien más. De Alguien a quien la persona, y en este caso la que se encuentra de cara con la muerte, pueda decirle, como el amante le dijo a la protagonista: “creo que el mundo es un poco menos malo porque existes”. De Alguien que más allá de la muerte tienda la mano y dé sentido a una vida y una muerte, vividas en un desgaste por los seres queridos. Haciéndolos felices sin desaparecer.

Una historia humana, en fin, como tantas otras, y que nos hace pensar en serio sobre la vida y la muerte, sobre el sentido de la realidad, sobre por qué y para qué estamos aquí. Como señalaba Sarah Polley en una entrevista, siendo preguntada acerca del papel que interpretaba: “Ann no es la típica santa, pero hace algo extraordinario... se sacrifica... Me gustó lo humana que era”. Y, porque es humana, es cosa de Dios.

### **3. Princesas, o la nostalgia de un porvenir mejor**

En tercer lugar, un acercamiento al contenido más relacionado con la trascendencia de *Princesas* (2005), otra producción española, esta vez dirigida por Fernando León de Aranoa. Sus protagonistas son Caye (Candela Peña) y Zulema (Micaela Nevárez). Ambas son prostitutas, la primera, española; la segunda, dominicana sin papeles, tras 10 meses en nuestro país. Una observación importante: no es cine social, no pretende hacer un juicio de valor sobre la prostitución, sino que narra la historia de una amistad.

Es una película en la que se plantea la cuestión del sentido de la vida en toda su profundidad, en un salto a partir de la cotidianidad que viven las prostitutas y que, casi siempre, se da en las palabras de Caye. Al principio, en el medio y al final se oye una canción interpretada por Manu Chao que dice: “si la vida te da más de cinco razones para seguir...”. Caye oculta a su familia en qué trabaja, y se ve cómo su madre, viuda, se envía flores a sí misma, como si fueran de un admirador desconocido. Y dice: “existimos porque alguien piensa en nosotros, y no al revés”. Necesita alguien que dé sentido a su vida, al igual que su hija, que no descuelga el teléfono móvil cuando le llaman sus clientes y está con su familia... ¿acaso estará esperando una llamada que un día sí pueda coger?

Con un fondo de piano, las dos amigas hablan en el Rincón Latino. Zulema reconoce que tiene nostalgia, y Caye desgrana un monólogo sobre este sentimiento humano, muy significativo: “¿Es rara, no, la nostalgia? Porque tener nostalgia en sí no es malo. Eso es que te han pasado cosas buenas y las echas de menos. Yo, por ejemplo, no tengo nostalgia de

nada, porque nunca me ha pasado nada tan bueno como para echarlo de menos. Eso sí que es una putada. (Silencio) ¿Se podrá tener nostalgia de algo que aún no te ha pasado? Porque a mí a veces me pasa. Me pasa que me imagino cómo van a ser las cosas. Con los chicos, por ejemplo, o con la vida en general. Y luego me da pena cuando me acuerdo de lo bonitas que iban a ser. Porque iban a ser preciosas, en serio, preciosas. Y luego, cuando lo pienso, me da nostalgia. Porque iban a ser tan bonitas... Cuando me doy cuenta de que aún no han pasado y que a lo mejor no pasan nunca, me pongo súper triste. Súper triste, tía. Pero es como una tristeza a cuenta. Como la fianza de cuando tienes una casa, pero con tristeza, que la pones por delante porque, total, sabes que la vas a acabar utilizando igual”. Zulema llora al escuchar a su amiga.

En otra ocasión, más adelante, vuelve a hablar de ese día esperado, esta vez en *off*: “Hay un día, ya verás, hay un día que es la hostia. Ese día todo es bueno. Ves a la gente que quieres ver, comes la comida que más te gusta, y todo lo que te pasa ese día es lo que tú quieres que te pase. Si pones la radio, la música que sale es tu canción favorita; si vas a la tele ese día, por ejemplo a un concurso, lo ganas todo: el dinero, los viajes... todo. Fíjate bien lo que te digo: todo. Pasa eso una vez en la vida, por eso hay que estar atenta, no sea que se te pase. Es como un desvío, como cuando vas por la carretera y hay un desvío hacia otro sitio, pero a lo mejor vas hablando por el móvil o estás discutiendo o pensando en lo que sea y no te das cuenta y se te pasa, y te jodiste, porque ya no puedes volver atrás. Pues ese día es lo mismo: un desvío. Y es muy importante, porque puedes elegir por dónde vas a ir y todo, si por ese camino que es nuevo o no. Por eso tenemos que estar muy atentas, Zule. Muy atentas. Porque hay muy pocas cosas buenas, y si encima se te pasan porque estás hablando por el móvil o pensando en otra cosa, sería una mierda. Una mierda completa”. Mientras las dos amigas están de compras y de fiesta, se oye una canción que dice: “yo sé que un día llegaré”. Y llega. Porque cuando Zulema se despide en el aeropuerto, le dice a su amiga española: “A lo mejor es hoy. El día del desvío, ¿te acuerdas? El que me dijiste que teníamos que estar atentas. A lo mejor es hoy”.

Ambas prostitutas quieren algo distinto, esperan algo mejor. Zulema, regresar a la República Dominicana con el hijo que ha dejado allí. Caye se echa un novio. Llegará un día en el que todo cambiará. Por eso Caye le dice a su amiga y confidente: “¿Sabes qué me jode también, lo que más de todo? Que no te puedan ir a buscar a la salida. A mí es lo que más me gustaría. Trabajar en un despacho de lo que sea, da igual. Pero que me vayan a buscar a la salida... ¿te imaginas? Y verle esperando desde la ventana. Que sea muy, muy guapo, y que se mueran todas de envidia. Fíjate, ya sólo decirlo es la hostia: ven a buscarme. El amor es eso, ¿no? Que te vayan a buscar a la salida. El resto es todo una mierda...”.

¿De dónde el título de la película? En algunas ocasiones, las protagonistas hablan sobre la figura de la princesa. Caye afirma que “son tan sensibles que notan la rotación de la

Tierra, por eso se marean tanto. ¿No lo sabías? Dicen que son tan sensibles que si están lejos de su reino se enferman, que hasta se pueden morir de tristeza”. Una noche las dos salen con chicos que conocen mientras están de fiesta, y le pregunta Caye a Zulema: “¿Tú le vas a cobrar al tuyo?”, a lo que la dominicana responde: “Hoy no somos putas. Hoy somos princesas”. Cuando Zulema, al final de la película, dice que se va, Caye responde: “Es normal. Aquél es tu reino, Zule. Las princesas lejos de su reino no pueden vivir. Son tan sensibles que se mueren de nostalgia. Te lo dije una vez, ¿te acuerdas? A mí a veces me pasa también. Tengo nostalgia de cosas que todavía no han pasado”.

El reino al que uno pertenece verdaderamente. El desvío en el camino de la vida, porque todo no puede seguir igual. La nostalgia de cosas que no han sucedido... Todos estos son elementos que nos refieren a un algo más, a algo que trascienda lo que vemos, lo que tocamos, lo que vivimos. No es una huida, sino una aspiración totalmente humana. En un curioso diálogo, Caye le dice a su amiga: “¿Sabías que el mar aquí es muy importante, donde más?”. Y, a la respuesta de que no hay mar en la gran ciudad, le dice: “Por eso. Es donde más se piensa en él. Las cosas no son importantes porque existan. Son importantes si se piensa en ellas. Como tu hijo, que no está, pero piensas en él cada día, ¿a que sí? Por eso existe. Porque piensas en él. Mi madre lo dice siempre: que existimos porque alguien piensa en nosotros, y no al revés. (...) Yo, en realidad, no creo mucho en Dios, ni soy muy religiosa ni nada. Mi madre sí lo es, yo no. Lo único, sí he pensado, ¿no?, y creo que, bueno, que lo peor no sería que no hubiera nada después de la muerte. Lo peor sería que hubiera otra vida... que fuera como ésta”. La película nos deja en la inmanencia, pero nos abre un resquicio que deja paso a la luz de la trascendencia. Ésta es su grandeza.

#### **4. Conclusión**

Seguramente algunas de estas reflexiones extrañarían a los autores de las películas respectivas. No lo sé. Lo que sí es cierto es que no tratan cuestiones triviales, sino las que más afectan a nuestra existencia. Como persona que piensa, así lo veo. Como cristiano, veo en ellas el anhelo del Dios que conozco y que se ha revelado en Jesucristo. Por eso me dejan buen sabor de boca. Por eso, aunque las tome muy en serio, no me contagian su tristeza. Una frase de san Agustín puede ayudarnos para terminar bien esta reflexión: “No salgas fuera, vuélvete a ti mismo, porque la verdad habita en el hombre interior; y si encuentras que tu naturaleza es mudable, trasciéndete a ti mismo”.